

LIAN TANNER

LOS TRUHANES



De la autora del *best seller* «El museo de los ladrones»

LIAN TANNER

LOS
TRUHANES

GUARDIANES SECRETOS

Traducción de Jaime Valero Martínez

ANAYA

Título original: *The Rogues Trilogy. Secret Guardians (Book 2)*

1.ª edición: septiembre de 2019

© Del texto: Lian Tanner, 2018
Publicado por primera vez en Australia por Allen & Unwin, 2018
© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2019
© Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta de Joanna Hunt
Ilustración de cubierta de Sher Rill Ng

ISBN: 978-84-698-4871-5
Depósito legal: M-15534-2019
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE



1. Brujería	11
2. ¡Eh, tunante!	18
3. Un noble sacramento	25
4. Los honorables comerciantes	31
5. No se come	36
6. Uno de sus ataques	41
7. Menos muerto	46
8. Vendajes	49
9. Una mirada de lo más furtiva	54
10. Odios ancestrales	60
11. Si fuera tu madre	68
12. ¡Iiigh!	73
13. Esos asesinos despiadados	76
14. Nadie dura demasiado en las minas de sal	81
15. Su horrible destino	87
16. El mejor empleo del mundo	93
17. La auténtica mina	100
18. Fulgor	107
19. Si no trabajamos, no comemos	111
20. Ciertos hechizos saaf	117
21. ¿Cómo puedo fiarme de ti?	124
22. Sniff, sniff, sniff	129

23.	Las gallinas no pelean	138
24.	Lo único que tenemos es información	140
25.	Lord Pompis no estaba sufriendo	146
26.	Sueños	153
27.	Un gusano en el corazón	158
28.	A explorar	165
29.	Fantasmas	172
30.	Debéis permitirnos guardad algunos secretos ...	174
31.	Madera chamuscada	180
32.	La espantosa sensación	182
33.	Una promesa	186
34.	Nuestra mocosa favorita	192
35.	Dos cachitos de carne	200
36.	El vacío	204
37.	El sueño de Ánade	211
38.	Me mentiste	216
39.	Un regalo	221
40.	Un molinillo	227
41.	Un lugar peligroso para una gallina	230
42.	La persona equivocada	233
43.	Un mensaje de Otte	239
44.	Información	242
45.	De la nada	247
46.	La oscuridad asfixiante	254
47.	Os diré adónde se han ido	260
48.	Estamos aquí	264
49.	Donde no podréis encontrarnos	269
50.	El peor monstruo de todos	276
51.	Siempre hay un precio	280
52.	¿Dónde está Otte?	285
53.	Puede que la tierra lo sepa	289

54.	Luz y aire fresco	296
55.	Las Bayams de antaño	302
56.	Volando hacia la jaula	307
57.	No pienso rendirme	313
58.	El viento Yayo	317
	Mientras tanto, en la ciudad de Berren... ..	326
	Agradecimientos	331

*Esta novela está dedicada a los libreros,
a aquellos que han resistido a los malos tiempos,
conscientes de que necesitamos más que nunca
su conocimiento y su pasión.*

1

BRUJERÍA



Alguien les estaba siguiendo. A pesar de sus disfraces, a pesar de todas sus precauciones, alguien les seguía la pista. Ánade estaba segura de ello.

Bueno, no. No estaba segura del todo.

Se detuvo y se quedó mirando el camino que habían recorrido. La noche anterior había llovido y las ruedas de la carreta tirada por un caballo dejaban unas manchas alargadas y relucientes sobre la carretera. Ánade divisó un par de casas, un granero y poca cosa más, a excepción de árboles, campos y hierba.

No había motivo para estar tan alerta.

Comprobó que el abuelo estuviera entretenido conduciendo la carreta, mirando para otro lado. Después comenzó a tararear una tonadilla alegre.

De inmediato se levantó una brisa a su alrededor que le alborotó el pelo y le calentó las mejillas.

—Ve a comprobar si nos sigue alguien —susurró—.
Tráeme sonidos y voces. Busca.

La brisa debería haber salido disparada como un cachorrito ansioso. Debería haber descubierto todo lo posible acerca de quienquiera que los estuviera siguiendo, para después llevarle la información a Ánade.

Pero, en vez de eso, se puso a jugar alrededor de la muchacha durante unos instantes, sacudiendo una hoja seca junto a su oreja y una pluma frente a sus ojos. Después se detuvo, suspiró decepcionada y se marchó.

Cuando regresó, los sonidos que trajo consigo eran tan sutiles e imperceptibles que podrían haber sido producto de cualquier cosa. O de cualquier persona.

Ánade giró la cabeza para mirar hacia atrás, pero nadie se había dado cuenta de que se había detenido. Collejo y la maestra de armas Krieg iban caminando a ambos lados del caballo, para así proteger a Otte sin que pareciera que lo estaban custodiando. Otte iba montado en el caballo, con cuatro ratoncillos blancos asomando por el cuello de su vestido y una manta para disimular que le faltaba una pierna. La gata estaba acurrucada delante de él, y Dora, su gallina negra, iba sentada detrás.

Ánade volvió a tararear la tonadilla alegre.

Esta vez, la brisa no se desplazó del sitio. Le sopló en los oídos y se le metió por la nariz. Le enmarañó el pelo. Recogió media docena de briznas de hierba de un lateral de la carretera y se las arrojó encima.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Ánade mientras se sacudía la hierba—. Necesito saber si nos sigue alguien. ¡Busca!

Al oír eso, la brisa soltó un bufido de fastidio y desapareció.

Ánade esperó, pero la brisa no regresó. Así que volvió a tararear. Lo hizo una y otra vez.

Pero no había ni rastro de su brisa embrujada.

En vez de eso, una ráfaga de viento surcó de repente la carretera, rozando nada más que a Ánade. No se parecía en nada a su brisa; era una ventolera ruidosa y alborotadora, y al pasar recogió un puñado de juncos y se los arrojó encima.

—¡Ay! —exclamó Ánade—. ¡Para ya!

El abuelo se giró desde el asiento del conductor de la carreta y preguntó:

—¿Te encuentras bien, querida?

—Sí, abuelo.

Ánade se apartó el pelo de los ojos. Desde que escaparon de la Fortaleza y abandonaron la ciudad de Berren, su abuelo había estado intentando averiguar la verdad sobre su magia. Antaño, Ánade se lo habría contado todo. Pero la muchacha había cambiado mucho durante las últimas dos semanas, así que lo único que dijo fue:

—Era una avispa. Ya se ha ido.

—En ese caso, supongo que ya no harás más ruidos inesperados —dijo el abuelo—. No es que me molesten, desde luego, pero por ahí se acercan unos desconocidos y no me gustaría asustarlos, ni darles motivos para fijarse demasiado en nuestros disfraces.

Ánade corrió hasta situarse junto a la carreta, haciendo visera con una mano para ver mejor. Dos mujeres y un hombre avanzaban hacia ellos por la carretera.

O, mejor dicho, avanzaban por la carretera en dirección a Doña Jarana y su gloriosa compañía de teatro ambulante.

La mayoría de la gente, si tuviera que huir de un gran peligro, intentaría ser discreta y pasar lo más desapercibida posible. Pero el abuelo de Ánade no creía en ninguna de esas dos técnicas.

Así, cuando los desconocidos se pusieron a la altura de la carreta, Ánade sonrió de oreja a oreja, tal y como lo haría un muchacho llamado Tuercebotas que forma parte de una compañía ambulante. Un muchacho al que no le preocupaba que un hechizo saliera mal. Un muchacho que no creía en la brujería.

El abuelo se sacudió el polvo del regazo de su inmenso vestido de flores y dijo, poniendo la voz de Doña Jarana:

—¡Saludos, amables viajeros! ¿Qué tal tiempo hace por el sur? Espero que agradable y soleado. ¿La gente está de humor para un rato de entretenimiento?

La mayor de las dos mujeres le sonrió con timidez.

—No venimos de lejos, frou, así que no podemos decirle qué tal van las cosas por el sur. Pero el próximo pueblo con el que se topará es el nuestro, y seguro que se alegrarán de verlos.

—En ese caso, nos verán —exclamó el abuelo, que entonó los primeros versos de una canción subida de tono que hizo reír a los viajeros.

Pero en cuanto se alejaron lo suficiente para que no pudieran oírle, la maestra de armas Krieg gruñó:

—Preferiría que no llamara la atención sobre nosotros, lord Pompis. Se supone que vamos de incógnito, pero nos está poniendo a todos en peligro.

—Nos estamos escondiendo a plena vista —replicó el abuelo—, que siempre es la mejor opción. En cuanto a lo de ponernos en peligro, eres tú la que fulmina con la mirada a todo el que pasa. Eres tú la que apoya la mano sobre su espada, como si fueras a cortarles la cabeza solo por mirar al joven Otte. Le has pegado un susto de muerte a esa pobre gente, y mi canción ha sido lo único que ha apaciguado sus sospechas.

—Esa es otra cuestión —añadió Krieg—. No debería cantar esas canciones delante de los niños.

—Las he oído mucho peores en la Fortaleza —dijo Otte.

—Esa no es la cuestión, mi señor... —comenzó a decir Krieg.

El abuelo la interrumpió.

—¿Cuántas veces te he dicho que no lo llames así? Él es... No, ella es Melisa, el miembro más joven de nuestra pequeña compañía. Nada de títulos nobiliarios. Nada de atención especial. ¡Y nada de fulminar con la mirada! —Dicho esto, se reacomodó en su asiento, meneó la cabeza y murmuró—: Aficionados. Estoy rodeado de aficionados. Si nos matan a todos esta noche mientras dormimos, no me echéis la culpa a mí.

Ánade volvió a mirar hacia atrás, pero siguió sin ver nada sospechoso. Ojalá su hechizo viniera con un libro de instrucciones, como las que le daba el abuelo cuando era pequeña. «Así es como se fuerza una cerradura, querida. Fíjate bien, mañana te pondré a prueba».

Pero no había ningún manual. Una anciana safí le sopló en la oreja y desde entonces Ánade era capaz de invocar una brisa mágica tarareando.

Deseaba saber por qué le habían concedido un don tan asombroso. ¿La habrían confundido con otra persona? ¿Aparecería algún día esa persona y le exigiría que le entregara el hechizo?

«Pueden exigirme lo que quieran —pensó—. No pienso renunciar a ello por nada del mundo».

Dejó que la carreta se adelantara y volvió a tararear la tonadilla alegre. Comprobó con alivio cómo la brisa mágica acudía a su llamada, y aunque parecía perezosa y menos enérgica de lo normal, hizo lo que le pidió Ánade y retrocedió por el trecho que habían recorrido.

Cuando regresó, los sonidos que trajo consigo resultaron lo bastante audibles como para provocarle un escalofrío a la muchacha.

Clanc, clanc.

Tracatrá.

«Jua, jua, jua...».

Se quedó paralizada durante unos segundos. Esos ruidos metálicos le recordaron al monstruoso Corruptio que había intentado matar a Otte. El mismo que había intentado matarlos a todos.

Pero el Corruptio seguía atrapado entre los muros de piedra de la Fortaleza.

¿Verdad?

Ánade no podía arriesgarse. Echó a correr detrás de la carreta y, en cuanto la alcanzó, exclamó:

—Abuelo, ¡creo que alguien nos está siguiendo!

2

¡EH, TUNANTE!



Durante la semana que había transcurrido desde que escaparon de la Fortaleza, Collejo no les había quitado ojo ni a Ánade ni a lord Pompis.

Ya le habían traicionado en una ocasión, así que estaba decidido a no dejarse pillar por sorpresa si volvían a intentarlo.

De modo que, cuando la carreta comenzó a salirse de la carretera para adentrarse en un pequeño claro, mucho más temprano de lo habitual, lo primero que pensó fue: «¿Será una trampa? ¿Qué están tramando?».

—Ánade cree que alguien nos está siguiendo —dijo lord Pompis—. Puede que tenga razón o puede que no. Pero es bueno ser precavidos, así que nos detendremos aquí a pasar la noche.

—Si alguien nos persigue —protestó Collejo—, deberíamos echar a correr, no detenernos.

—Si alguien nos persigue, mi querido muchacho —replicó lord Pompis—, nos perseguirá con más ahínco toda-

vía si nos ve correr. Por tanto, no saldremos corriendo. Veremos qué se traen entre manos.

Guio al caballo hacia un saliente rocoso situado en el extremo opuesto del claro y bajó al suelo mientras el vestido aleteaba alrededor de sus tobillos.

—Estableceremos el campamento exactamente igual que lo hemos hecho las noches anteriores. Y a partir de este momento no utilizaremos nuestros verdaderos nombres. ¿Entendido?

Por una vez, la maestra de armas Krieg estuvo de acuerdo con él. Desenvainó su espada y le dirigió un ademán de cabeza a Collejo, diciéndole:

—¿Tienes tu vara? Bien. Melisa se sentará en la carreta y tú y yo nos mantendremos cerca. Frou Gata, tú también te quedarás en la carreta. Tus garras son un arma excelente.

La gata saltó al suelo desde el caballo sin decir nada. Pero lord Pompis fulminó a Krieg con la mirada.

—Te ruego que no ondees tu espada de esa manera, Ascu. Llamas más la atención que un sapo en un pudin de ciruelas. Somos una compañía teatral, ¿recuerdas?, así que debemos comportarnos como tal. Tuercebotas, haz el favor de ocuparte del caballo.

Ánade se subió la gallina al hombro y comenzó a desabrochar el arnés del caballo.

—Lechuguino —dijo—, ¿puedes ayudar a Melisa a subir al carro?

Lechuguino. Ese era el apodo de Collejo. Un nombre tonto para un tontaina.

«Pero yo no soy ningún tontaina —se recordó Collejo—. Ser honesto no significa ser idiota, por mucho que diga lord Pompis».

Fue a buscar las muletas nuevas de Otte —las que había fabricado Krieg durante los primeros días que pasaron en la carretera— y se las entregó al muchacho, que las agarró con fuerza y se deslizó hacia el suelo.

Mientras avanzaban juntos hacia la carreta, Otte señaló un hongo enorme que crecía en la base de una roca.

—Eso es un chipirón de monte. Lechuguino, ¿puedes recogerlo, por favor, y guardarlo en este tarro? Cuando se disuelva, se convertirá en tinta negra que podré utilizar para escribir.

Cuando vivía en la Fortaleza, Otte había sido un escriba. También había ejercido como galeno en secreto, curando gatos, perros, gallinas, ratones y de vez en cuando humanos con su colección de hierbas y pociones. De no haber sido por él, la cicatriz que tenía Collejo en la mejilla habría sido mucho peor.

Pero tras la precipitada huida, lo había dejado casi todo atrás. Así, durante la última semana, Collejo había arrancado hierbas, recogido flores y extraído hojas y corteza de los árboles junto a los que pasaban. Otte colgó del carro algunas de estas hierbas para que se secaran y otras las machacó hasta crear una pasta. Cada vez que pasaban junto a un vertedero, Collejo recopilaba tarritos de cristal de diferentes colores: azul, verde, blanco tiza, marrón pardo con motitas más oscuras, morado, negro, e incluso alguno traslúcido.

Así que ahora Otte tenía una colección nuevecita de hierbas y pociones. También tenía vendajes, creados a partir de trozos de tela limpios y enrollados en forma de paquetitos.

Collejo se acercó a arrancar el hongo y Ánade apareció a su lado, con la gallina en brazos.

—¿Has utilizado hoy el *raashk*? —susurró.

—¿Por? —preguntó Collejo, sin apartar la mirada del suelo—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque mi hechizo no funciona como es debido.

Collejo se enderezó y se quedó mirándola.

—¿Qué quieres decir?

—No funciona, no como debería —susurró Ánade—. Y alguien nos está siguiendo. ¿Y si es el Corrupio?

—No puede salir de la Fortaleza —dijo Collejo.

—Eso creemos nosotros, pero mi brisa me ha traído un sonido que recuerda al traqueteo de una armadura. O de unas cadenas.

—¿No habías dicho que no funcionaba?

—Esto fue cuando sí lo hacía —repuso Ánade, acariciando a la gallina con inquietud.

Collejo no se fiaba ni un pelo de Ánade ni de su abuelo. Le habían mentido desde el principio y le habían enredado de tal manera en una de sus argucias que le habrían acabado matando si Ánade no hubiera cambiado de idea.

Pero ese cambio no la convertía en una persona más fiable. No la convertía en su amiga.

En cualquier caso, el simple hecho de pensar en el Corrupio bastó para hacerle sacar el saquito de piel que

llevaba metido en la bota, aflojar la cuerda y colocar el *raashk* sobre su mano.

No parecía más que un diente de tamaño considerable con un agujero en el medio, y había terminado en manos de Collejo gracias a la misma anciana safi que le había concedido ese hechizo a Ánade. Al principio intentó deshacerse de él, pero siempre regresaba a su lado, y mejor así, porque terminó salvándole la vida a Otte varias veces.

Collejo acercó el ojo al agujero, y Ánade y la gallina se difuminaron hasta convertirse en sombras. La roca apenas resultaba perceptible; la carretera había desaparecido, reemplazada por unos hilos que emitían un resplandor tenue y por media docena de fantasmas...

¿Un resplandor tenue? En la Fortaleza, esos hilos resultaban mucho más brillantes. Y los fantasmas tenían una apariencia más sólida y habían intentado hablar con él. Los que vio ahora pasaron de largo, frágiles como polillas.

Collejo apartó el ojo del agujero y los fantasmas se desvanecieron.

—¿Todavía funciona? —susurró Ánade.

Collejo asintió y le dio la espalda.

Los miembros del grupo se distribuyeron por el lugar, intentando aparentar como si no estuvieran en guardia. Otte se sentó en la parte trasera del carro, con la gallina sobre el regazo y los ratoncillos blancos metidos en sus mangas, y se puso a tallar una ramita para utilizarla como pluma. La gata se tumbó a su lado para acicalarse sus grandes zarpas.

Lord Pompis se arremangó las faldas, encendió una hoguera en el círculo de piedras dejado por unos viajeros previos y puso una vieja tetera a hervir. Mantuvo su bastón a mano en todo momento.

Ánade se fabricó una vara como la de Collejo y se puso a pelear con un enemigo imaginario, diciendo con un tono melodramático:

—¡Eh, tunante! Has asesinado a mi madre y a mi hermana. ¡Ahora conocerás mi venganza!

La maestra de armas Krieg se apoyó sobre la carreta, con la espada escondida junto al codo, y se quedó mirando hacia la carretera.

Al poco tiempo, Collejo oyó el ruido de unos pasos, fuertes y decididos.

—No tiene pinta de ser el Corrupto —susurró.

—Bien —murmuró lord Pompis, mientras echaba un puñado de té en la tetera—. Pero el Corrupto no es el único peligro. Recuerda quiénes se supone que somos. Pase lo que pase, no reveles nuestra verdadera identidad.

Entonces alzó la voz y dijo, con el tono propio de una anciana:

—No, no, Tuercebotas. Ya te lo he dicho, el énfasis va en «asesinado» y «venganza». Prueba otra vez.

Collejo se puso a contemplar la carretera y vio a una docena de hombres que avanzaban hacia el claro. Llevaban el pelo recogido en un moño alto y prendas de colores brillantes. Pero su rasgo más distintivo eran las franjas que llevaban tatuadas en el rostro.

—¿Qué ves? —susurró lord Pompis.

El muchacho dejó escapar un suspiro.

—No pasa nada —dijo, sonriendo—. Llevan franjas en la cara. ¡Son los Honorables Comerciantes!

—Mi querido muchacho —susurró lord Pompis—, tu inocencia es encantadora, pero peligrosa. Si tienen franjas en el rostro, efectivamente son comerciantes, pero no hay ni una pizca de honorabilidad en ellos. Son los hombres de la Vieja Arpía, y la materia prima con la que comercian es la carne humana. Esos hombres, muchacho, son esclavistas.

3

UN NOBLE SACRAMENTO



Mientras tanto, a ciento cincuenta kilómetros hacia el norte, en las entrañas de la Fortaleza, una mujer estaba discutiendo con un muerto.

O, mejor dicho, estaba discutiendo con un hombre que debería estar muerto, pero que no lo estaba. Ni mucho menos.

—Te saqué de la tumba para matar al heredero de Neuhalt —bramó la mujer—. Esa era tu única orden. ¿Y lo has hecho? ¡No! Has matado a un apicultor, a un soldado, a dos cocineros y a la hidalga Von Stich. Has permitido que tres forasteros escaparan de la Fortaleza, junto con la maestra de armas Krieg y el inútil de su hijo Otte. —En ese punto alzó la voz—: ¡Pero no has matado al heredero! ¿Por qué no? ¿Eres tonto? ¿Te falta un hervor?

El hombre que debería estar muerto gruñó:

—Antaño... fui... el... marqués... de... Neuhalt. Ahora... soy... el... Corrupto. —Con cada palabra que pronunciaba,

sus dientes de hierro repiqueteaban y sus ojos ardían como ascuas—. No... me... insultes.

—Te insultaré lo que me dé la gana —replicó la mujer, que se sacó un alfiler de la manga y se lo clavó en la yema del dedo, mientras susurraba las palabras que lo sometían a su voluntad.

El Corrupto torció el gesto. La estancia se volvió tan fría que se formaron unos cristales de hielo en el aire, que cayeron al suelo como si fueran puñales. En las vigas del techo, un halcón inmenso se meneaba de una pata a la otra, como si se estuviera preparando para atacar.

La mujer sintió una inesperada punzada de miedo. El Corrupto no podía hacerle daño, no mientras tuviera los alfileres. Pero su pájaro era otra cuestión. Tal vez debiera tener un poco más de cuidado.

La mujer echó un vistazo al desgastado libro que estaba abierto encima de la mesa, frente a ella. Algún hidalgo o hidalga lo trajo desde la Vieja Patria hacía mucho tiempo, y el libro estuvo perdido durante generaciones... Hasta que ella lo encontró.

No era un libro de hechizos, por supuesto. La mujer no creía en la brujería. Ningún habitante de la Fortaleza creía en ella.

No, ese libro era un noble sacramento, lo cual era una cosa completamente distinta. Era un sacramento que pertenecía a una gente noble y beligerante, y la mujer iba a utilizarlo para cumplir la ambición de su vida.

—Hace quinientos años —dijo, con el tono más razonable que pudo adoptar—, los nativos de esta tierra sabo-

tearon las puertas y murallas de la Fortaleza para que ninguno de sus habitantes pudiera salir de aquí. Ese sabotaje ha continuado hasta la actualidad, aunque los miembros del Consejo Privado aseguran que están intentando frenarlo.

La mujer frunció el ceño y añadió:

—Me parece a mí que los consejeros están demasiado ocupados llenándose los bolsillos como para preocuparse por eso. Sospecho que no quieren liberarnos. Por eso tenemos que tomar nosotros las riendas de este asunto. Si matas al heredero, su sangre te dará el poder suficiente para eludir ese sabotaje y liberarnos a todos. Escaparemos de nuestro largo confinamiento. Nos reuniremos con el mundo exterior.

La antiquísima armadura del Corrupio traqueteó.

—Entonces... yo... gobernaré... Neuhalt. Y... viviré... eternamente.

—Así será —dijo la mujer, aunque no tenía intención de permitir que ocurriera ninguna de esas cosas. Cuando la Fortaleza se abriera al fin, sería ella la que gobernaría Neuhalt.

—A ver, dime por qué no has matado al heredero —añadió.

—No... logro... encontrarlo.

—¿Qué quieres decir? Estamos hablando de Brun, no del camarero harapiento de una taberna. Estaba en la sala de audiencias hace apenas un rato y esta noche dormirá en su cama, como siempre.

El Corrupio entrechocó sus dientes de hierro.

—No... logro... encontrar... al... heredero.

—Eso ya lo has dicho.

—Se... ha... ido.

—¿Qué quieres decir con eso? —exclamó la mujer—. ¡Pues claro que no se ha ido! Está...

Se interrumpió. Le zumbaron los oídos y las palmas de las manos se le humedecieron de repente.

—¿Se ha ido? —susurró—. ¿El heredero de Neuhalt ha salido de la Fortaleza? ¿Estás seguro?

—Se... ha... ido.

A la mujer se le entrecortó el aliento. En quinientos años, las únicas personas que habían conseguido escapar de la Fortaleza eran tres forasteros, más la maestra de armas Krieg y su hijo Otte, que había nacido con apenas unos minutos de diferencia con respecto al heredero.

¿Y si...?

La embargó una ira espantosa y gritó:

—¡Debieron de intercambiar a los bebés! El heredero nació con una sola pierna, y comprendieron que los hidalgos y las hidalgas no aceptarían a un gobernante incapaz de luchar. ¡Así que pusieron al hijo de Krieg en su lugar!

Y la argucia había funcionado. En los diez años que habían pasado desde entonces, la mujer no había oído el menor atisbo de duda. Todos los habitantes de la Fortaleza creían que Otte era el hijo de la maestra de armas Krieg y que Brun era el joven marqués. Sin embargo, en realidad era al revés. La mujer hizo rechinar los dientes.

—Alguien pagará por esto —susurró—. No permitiré que me tomen por tonta.

Estaba tan furiosa que casi se había olvidado del Corrupio. Cuando este habló, la sobresaltó:

—Mataré... a... otro... en... su... lugar.

Y entonces se marchó, atravesando el muro de piedra como si fuera una puerta abierta, mientras el halcón revoloteaba sobre su cráneo descolorido.

—Mata a quien te dé la gana —bramó la mujer—. No me importa. El único motivo por el que te traje de entre los muertos era para salir de la Fortaleza, y eso ya no es posible.

Se sentó sobre la mesa. Todos sus sueños se habían echado a perder. Todas sus esperanzas se habían ido al traste. Puede que ella también debiera matar a alguien. Sacaría su espada y rebanaría una docena de cabezas, empezando por la de...

—¡Espera! —exclamó.

Cuando el Corrupio regresó, la mujer estaba tamborileando sobre la mesa con los dedos mientras susurraba para sus adentros:

—Cada vez que mata a alguien, se vuelve más poderoso. Entonces, ¿qué pasaría si matara a alguien realmente importante? No al heredero, que está fuera de su alcance, sino a otra persona. ¿Eso le daría el poder necesario para escapar de la Fortaleza y perseguir al heredero?

Alzó la mirada hacia el Corrupio, que estaba esperando órdenes.

—Tengo una nueva tarea para ti —dijo la mujer.

Los ojos del Corrupio centellearon como plomo fundido.

—¿A... quién... debo... matar?

La mujer sonrió.

—Eso es lo mejor de todo. No puedes matar al heredero, aún no. Pero sí puedes matar a su madre, la que nos gobierna. Puedes matar a la Marquesa de Neuhalt.

En la ciudad de Berren ocurren cosas extrañas.

Desaparece gente, brotan árboles de la noche a la mañana, pero nadie cree en la magia. Creer en ella sería un acto desleal.



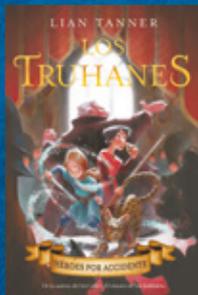
Mientras Ánade y Collejo escoltan al joven marqués hasta un lugar seguro, lejos de los peligros de la Fortaleza, los enemigos acechan por todas partes. No tardarán en ser capturados y conducidos a las minas de sal, donde los esclavos trabajan día y noche hasta morir.

Su brujería debería salvarlos..., pero ha desaparecido, les ha abandonado. ¿Cómo conseguirán recuperarla? Y esa niña, Sooli, ¿es amiga o enemiga? ¿Pueden siquiera seguir confiando los unos en los otros? ¿Y por qué la gallina de Otte se comporta de un modo tan extraño?

Mientras tanto, el Corrupto ha logrado salir de la Fortaleza y está siguiendo su rastro...



Si aún no lo has leído:



1578558

ISBN 978-84-698-4871-5



9 788469 848715

www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA